

EL APOSTOLADO COMO OFICIO



En el Quai de la Tournelle de París, la pinto resca clientela de los libreros de viejo, estudian tes obreros, escritores, artistas. Al fondo se dibuja Notre Dame.

Los males literarios de la sociedad.—Prostitución del apostolado.—Pedantería y dificultades de los taumaturgos modernos.—La llaneza y el candor resisten a la chifladura mesiánica.—El hombre de la tierra contra el hombre cerebral.—Falsificación de los perfumes de Coty.—Los cabellos largos favorecen la infidelidad de las mujeres.—Más redentores que redimidos.

(Especial para MUNDIAL)

París, agosto de 1927.

Las directas y simples gentes de provincia empiezan a preguntarse en Europa cuál es la razón de la existencia de los apóstoles contem-

poráneos. Las gentes de provincia, acosadas por los apóstoles modernos, lanzan, por fin, sus gritos de socorro:

—Los apóstoles! Los apóstoles! Auxilio! Los apóstoles!...

El señor Tagore a la cabeza, cruza por Europa un fuerte número de salvadores, una gran brigada de apóstoles. De las ya herbosas trincheras de 1914 surgen bíblicamente los apóstoles, uno tras otro o en grupos, y aguerridamente, se encaminan hacia Alemania, la culpable, o hacia Francia, la víctima o hacia Rusia, la justiciera. Es el señor Romain Rolland, muy serio; el señor Barbusse, ensangrentado; el señor Sternheim, labiado de impertérritas acusaciones contra el justo medio; el señor Karre, soplando enérgicamente en las llamas moribun-

das del hogar europeo... Los rusos, en tanto, anuncian desde sus estepas tormentosas, la epifanía de la justicia de Dios, el advenimiento del día de los justos. Arios y semitas de Europa los escuchan y, al cabo de muchos oírlos, se habitan a sus peroratas más o menos hermosas e iracundas. Hasta que un día pasan los apóstoles de la urbe a la aldea y entonces las gentes directas y simples de provincia se sorprenden, en sus buenos corazones ignorantes, no sólo del avance esplendoroso de los apóstoles, sino hasta de su propia existencia. Cuál será la razón de la existencia de estos evangelistas de nuevo cunó? La guerra?... Cuál guerra? En la historia ha habido muchas guerras...

—Nosotros venimos de las trincheras!—claman con acento apocalíptico los redentores.—La guerra nos ha parido y venimos a salvar a los hombres del instinto guerrero. Oh pobres gentes de buena voluntad, que sois! Nos os asustéis. Nosotros anunciamos el próximo fin de las guerras y el cercano advenimiento de la paz y la justicia entre los hombres. Nosotros predicamos el bien, la verdad, la belleza, en fin, la salvación de las almas. Nosotros traemos la buena nueva. Consentid que os salvemos. Si así no lo hacéis, la ruina del mundo se acerca y el caos y las timeblas van a reinar sobre la tierra. El espíritu del mal está presto a la puerta de todas las moradas. Una gran crisis socava la sociedad humana.

Un puro silencio se produce entre las gentes de la tierra. Cruzan miradas de interrogación. La ruina del mundo? De qué crisis hablan estos nombres? De qué cataclismo quieren redimirnos estos terribles Cristos de smoking?

—No comprendemos nada, señores apóstoles,—responden honradamente los hombres sencillos, los labriegos, los pastores, los constructores, los caminantes.

—Los valores de humanidad están en peligro!—añaden los apóstoles.—Vosotros, naturalmente, no lo comprendéis; pero es menester que sepáis que los acervos de cultura de cien siglos deben desaparecer, para dar lugar al nacimiento de una nueva cultura, más justa y más humana. Sabed que la sociedad es hasta ahora una mal-



Krassine. Trotzky. Tchitchérine.

vada máquina de explotación, que una necia y menguada minoría pone en movimiento contra las grandes y nobles mayorías, que son los pobres y los trabajadores. De este espíritu de explotación provienen todas las guerras de la historia. Vosotros, con vuestra ignorancia y silencio, sois cómplices de este género de existencia. Aprestaos a nuestra campaña contra la injusticia, contra la explotación, contra la mentira, contra el mal o, en caso contrario, las tinieblas os van a devorar.

—Seguimos sin comprender nada,—argumentan con voz sincera los hombres directos y simples de la tierra.—No alcanzamos el sentido de vuestras palabras. No comprendemos nada.

Y las gentes de la tierra, despliegan las articulaciones y bostezan. Por que estas gentes, incultas y sencillas, no logran ver claramente lo que hay de tocable en los sermones d'après-guerre. Los hombres de provincia ignoran estas gárgaras de sangre, estos evangelios complicados, hechos de ideas generales, de logaritmos abstractos, de cifras y teorías filosóficas. Los provincianos, tan ininteligentes como candorosos, conocen y saben de las lágrimas vivas, de la risa fresca, del pan caliente, del agua de la aflixión, del surco indocto, de las cóleras y amores profanos e ignoran la literatura. Por qué los salvadores d'après-guerre hacen de los males sanos de la vida, tanta literatura? Por qué se revuelcan en una ciénaga de males literarios y van por el mundo derramándolos y envenenando con ellos a los demás mortales? Hay quienes caen y sucumben, comidos de esta nauseante sarna pseudo-mística. Pero, por felicidad, hay quienes resisten al arácnido. De estos son los hombres de provincia, las gentes de la tierra, los llanos, los prudentes, los sages. Y, cuando ven a los apóstoles, un sano instinto de conservación les lleva a defenderse de ellos, clamando lastimeramente: "Socorro! Los apóstoles!..."

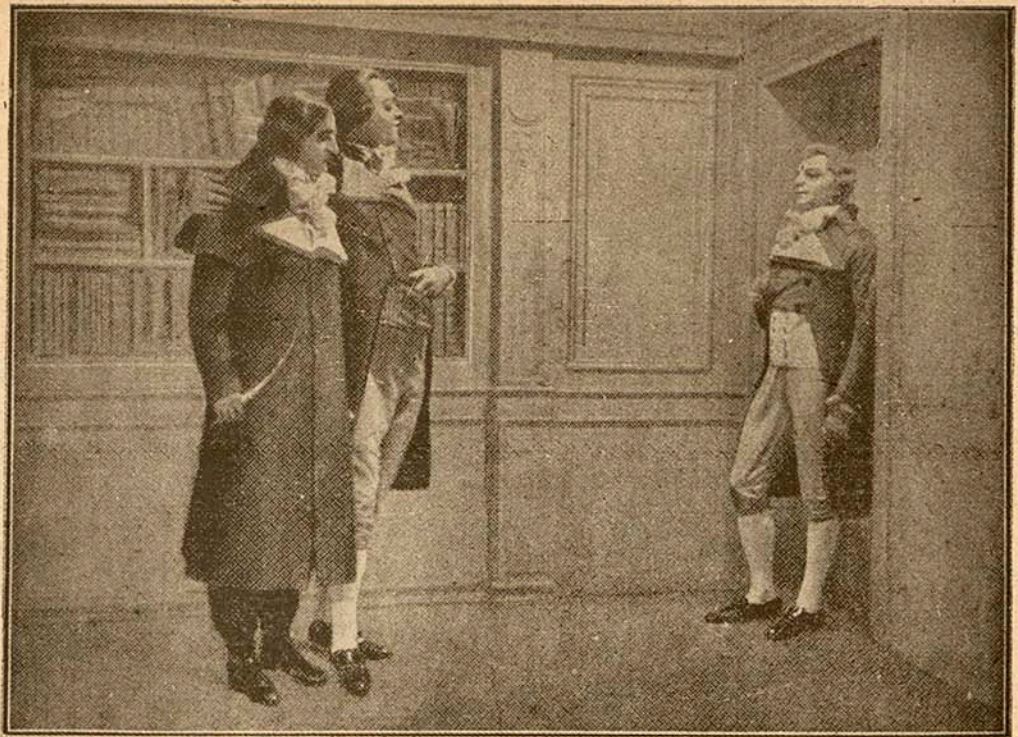
El apostolado se ha profesionalizado, se ha prostituido. Ahora todos son apóstoles. Ya no quedan hombres a quienes salvar, puesto que todos son salvadores. En una pieza teatral que acaba de estrenarse en París hay un diálogo pertinente:

—Me permite usted que yo le salve?—dice un transeunte a otro transeunte.

—Lo siento mucho,—responde el interpe-lado,—yo también busco, justamente, una persona a quien salvar.

—Me permite usted que yo le salve?—propone otro individuo a un tercero.

—Salvarme? De qué...



Camille Desmoulins, Danto.

Del Museo Grevin de París.

Robespierre.

—Salvarle de esta ruina social en que se vive ahora.

—Muchas gracias, pero no puedo, por que yo también soy salvador. Lo siento mucho.

El oficio de apóstol se generaliza rápidamente. En las propicias horas del alba y del ocaso, evolucionan grupos de vagabundos, por las orillas del Sena, buscando volúmenes misteriosos en las cajas de hierro de los libreros de viejo de París. Son éstos los estudiantes para apóstoles, que empiezan a orientarse en la ciencia taumatúrgica moderna. Como Dantón, Robespierre y demás paladines de la revolución francesa, muestran trascendental y trágico el gesto, triste la juventud. Entre ellos y los transeuntes hay sus diálogos:

—Sí, Mi marido ha llegado a saber que le traiciono. Cómo podré salvarme?

—Déjese usted crecer los cabellos, señora y

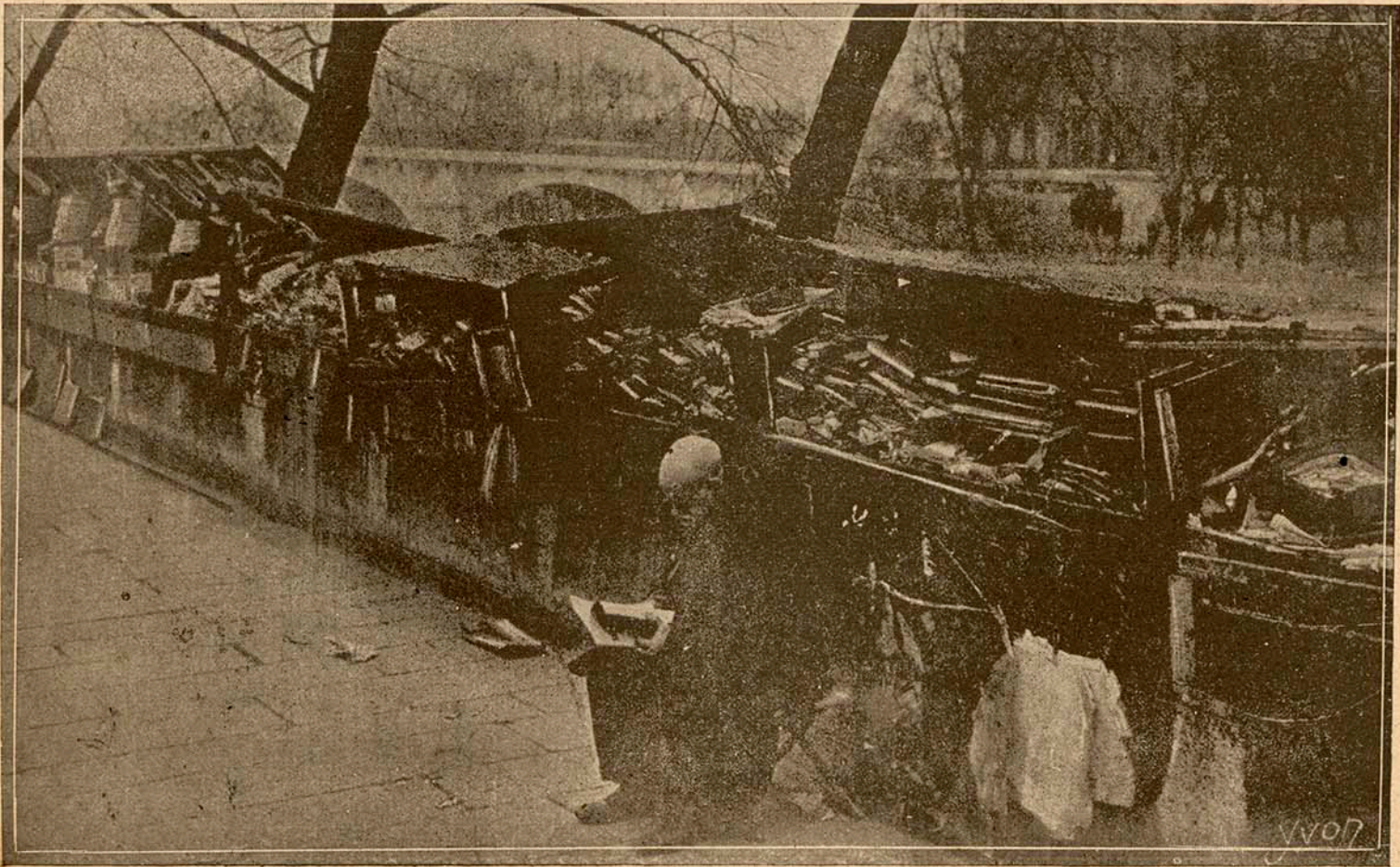
cuando su marido descargue su revólver sobre usted, la bala, en vez de agujerearle la nuca, tropezará en el abundante pelo, enredándose allí como una incauta mosca... Tal es el caso de Madame Riedou, juzgado ayer por el tribunal de Amiens.

—Sí,—dice M. Ernest Goty.—Se me ha sorprendido falsificando, a la sombra de un omónimo, los famosos perfumes de Francois Coty. Cómo podré salvarme?

—Pague usted cien mil francos de daños y perjuicios a la verdadera casa Coty y así se pondrá usted bien con Dios y su conciencia.

Pero con quien no se pondrá nunca bien M. Ernest Coty, es con la vasta clientela de los famosos perfumes, que le ha dado, en menos de tres años, más de seis millones de francos.

César VALLEJO.



Un viejo baratillero en las orillas del Sena.